



ÁLVARO QUESADA *Una presencia de Oro*

*Carlos Morales**

Tenía que ausentarse de una manera tan inesperada y definitiva, para que el mundo entero se diera cuenta de que aquella presencia suya, siempre tan sutil y silenciosa, era una compañía indispensable, una presencia de oro en este traqueteado pasadizo de nuestras letras.

Álvaro Quesada Soto, filólogo no superado, investigador de paciencia infinita, lector de todas las letras del mundo, escritor de sabia pluma y maestro de muchas generaciones, era también un alma bondadosa y un padre amoroso y un esposo inigualable y un amigo tenaz e ineludible.

Acaso había que sacarle con cuchara sus expresiones más radicales sobre el análisis dialógico o esperar largos minutos frente a su silencio para dejarle oír algún chiste de inevitable eficacia.

Sabía muy bien que el verbo es lo primero y por eso lo rendía.

En verdad era un conversador subrepticio. Un enmascarado de la palabra. Se disfrazaba de mutismo para sombrear, con una

* *Director Semanario Universidad, Universidad de Costa Rica.*

humildad de silencios, la enorme luz de su sabiduría inagotable.

Pero no había que confiarse mucho de ese "tan callando, tan callando", porque después de un rato de impávido, Alvarito podía soltarse en una plática inolvidable sobre las crónicas de Fernández Guardia, sobre las novelas de Carlos Gagini, sobre los desvelos de su querido Bernardo Soto o sobre temas más actuales y políticamente comprometidos... Que también le gustaban.

A pesar de su silencio constante y de su sonrisa generosa y gratuita, nunca navegó con bandera de pendejo. Siempre se apuntó en las mejores causas —que son las peores, porque no dejan plata— y puso en riesgo su estabilidad y bonanza con tal de defender sus ideales o sus gentes.

Aunque no me dijera nada. Aunque se quedara ahí sentado al frente, abrazado a su maletín de cuero sin pronunciar una sola palabra ni mover una sola ceja, sabía que estaba conmigo. Sabía que apoyaba mis locuras y se identificaba con ellas entornando los ojos al cielo y moviendo en diagonal la cabeza sin decir una sola palabra.

Sabía que estaba conmigo porque no dejaba de venir, ya al periódico, ya a la radio, a una mesa redonda o a presentar uno de mis libros. Llegaba sin avisar por teléfono y se sentaba en ese sillón de enfrente, sin pedir ni siquiera café.

No digo que fuera fácil descifrarle esos largos minutos en que, mirando hacia la telaraña de la esquina, guardaba inexpugnable silencio. Y menos fácil aun leer su rostro im-

perturbable, de mirada fija al cielo, cuando le había preguntado una cosa y no me brindaba respuesta.

Era así su compañía inigualable, de libros fundacionales, insustituibles y él de silencio interminable, pero siempre allí. Sabíamos todos que si la causa era justa, que si la idea era noble y que si el libro era bueno, Álvaro diría PRESENTE.

Así fue como se incorporó al Consejo de Redacción de FORJA, con sólo un movimiento de cabeza y por un lapso de 20 años.

Junto a Joaquín Gutiérrez —maestro inolvidable con quien armábamos corrillo en cualquier exposición y en cualquier pasillo— Álvaro Quesada nos ayudó a zarandear los contenidos de esta revista cultural y hoy nos ha dejado mudos con su partida.

Nos deja un frío en la espalda el no escuchar más su inquietante silencio, pero también nos deja una chica alegre y trotamundos (Natalia) y una bailarina ágil como gacela (Ivania), y una señora actriz (Eugenia) que seguirán aquí, rompiendo por él todos los más absurdos silencios... Como este de su partida.

Ahora que no estás aquí, aplicando a tu querido Bajtin en el estudio de las corrientes literarias, de "las voces desgarradas" y de "los unos y los otros" es cuando venimos a darnos cuenta de que era puro oro tu silencio. De como en este *mare magnum*, de frivolidades y paja, era una joya tu quehacer literario. Ahora sabemos, bien claro, cómo era indispensable tu erudita presencia... Aunque te quedaras callado.